

Tres chiriguas, dos historias

—¿Y qué va a hacer él con las Chiriguas? —fue lo primero que oí hablar acerca de ellas.

No: lo primero fue la recomendación hecha a mis padres, el día mismo en que llegamos a vivir al vecindario:

—Cuidado con las Chiriguas.

—Sí, sí: sabemos —asintieron, sin darme muchas pistas.

No fui capaz de imaginar qué daño podían acarrearlos las chiriguas, que son aves mansas y no se suelen dejar ver. Por eso, quizá, el tema me interesó más de lo habitual. A los siete u ocho años se tiene alma de sabueso, me imagino. Mal que mal hemos venido a descubrir el mundo, y a un buen descubridor no se le cuentan ciertas cosas: las indaga.

Traté de averiguar un par de veces que fui a pasear por la Alameda con mi abuela. Mirando a lo alto de los árboles en la Alameda le preguntaba si esos pájaros picaban. No, qué iban a picar, fue su respuesta. Después se me olvidaron. Y ahora volvía a escuchar la advertencia. Quise saber qué iba a hacer quién, con qué chiriguas y volví a averiguar con el lechero, el vendedor de hortalizas: ellos eran del campo y debían de estar al tanto.

—¿Peligro? ¿Las chiriguas?

Tampoco ellos se explicaban qué daño podrían causar esos pajaritos, ni quién haría (o no haría) qué a propósito de ellos: ni cuándo, ni por qué tendría que hacerlo.

—¿Seguro que oyó bien? ¿Chirigua?

Inesperadamente, una tarde cogí al vuelo una frase de la tía Jerónima al tío Humberto:

—¿Viste a ese pobre que llegó a arrendar la casa de Tornero?

¿Pobre? ¿Lo habría dicho porque no tendría plata, o porque habría que compadecerlo? La casa tenía aspecto inocente. Edificada recién después del terremoto de 1928, era de las que entonces llamábamos modernas (o sea no muy bonita). Amplia, sólida, soleada. En el patio interior, un naranjo, un parroncito, dos paltos. Ya al caer la tarde, la penetraba un olor campechano, a siembra, a tierra fresca. ¿Cómo, con el Teatro Municipal a media cuadra y la Plaza Mayor a tres o cuatro, y a cinco o seis la calle del Comercio: todo eso tan ciudad?

Es que al poniente, a diez minutos de caminar tranquilo, llegabas hasta el río; y el río traía flotando sobre el agua una paz que según mi tía Amparo se criaba entre cerros, arboledas, sembreras.

—Va a respirar buen aire, en pleno centro —ponderaban los del barrio.

—Sí, sí —convenía el vecino nuevo.

Pero, aunque a él nunca le dijeron, a todos les intrigaba qué iba hacer con las Chiriguas.

—Ahí los quiero ver —sonreía el tío Jerónimo sobándose las manos.

—Tú, a gozar con la desgracia ajena —acusaba la tía Jerónima, su mujer, por seguir la broma.

—¡El chasco que le dieron a Pepe Urzúa! Pobre —pobre, otra vez.

—¿Dices para la Fiesta de los Estudiantes?

—También ese fue bueno —riendo—. No: me refería a la plancha delante del obispo.

El barrio mantenía viva una copiosa tradición oral, que transmitían aedas propios. La Dominga, nuestra Lira Popular, hacía el cabotaje de incidentes menores. El tío Jerónimo era tratante en Temas de Interés Local. Don Hilario —sin rubro especializado— ponía gotas de humor a los pelambres propios o ajenos. La abuela Jovita, con su impagable buenicia, repetía verduras (o coloradeces) de don Jerónimo y sus amigos, cuya índole depravada quedaba fuera de los límites de su experiencia y de su imaginación.

—A que usted cree que mujer mala es la que falta el respeto a sus padres —toreaba don Carlos Mora, famoso por ser muy radical.

La abuela nunca ignoró que si de algo pecaba ella era de inocente. De eso se valía para sus retruques:

—¿Ah, no es así? Explíqueme.

Don Carlos se ponía rojo, hacía ejem, ejem, y se batía en retirada:

—Eh... sssí: una dama que no respeta a sus mayores.

Chispeaban victoriosos los ojos de ella:

—Entonces, pues.

Las Chiriguas eran especialidad de don Hilario, igual que esos platos que la fama adjudica en exclusiva a un maestro de cocina. El vecindario reconocía su arte para contar, interpretar, mimificarlas. Tenía algo de actor, o de director de escena. Sabía situarse en el papel de cada una, atribuirles frases, reproducir gestos. Lograba una eficaz comicidad por contraste al remedar a las tres manolas, de voz pituda con la suya, de bajo profundo.

—Chirigua Uno se enfureció —y enflautecía su tono—: «¿Has visto, Meche?».

A fuer de buen rapsoda, don Hilario no distinguía mito y realidad:

—Cuando nació la mayor de las chiquillas...

Coro de risas: ¡Chiquiiiillas!

—...su padre le preguntó a la comadrona: «¿Qué fue?», y ella contestó: «Soltera».

—¿Y la segunda? —lo alentaba el coro.

—Soltera.

—¿Y la ter...?

Vacilaba unos segundos, literalmente teatral. Luego:

—¿No adivinan?

—No —chinchoseaba el coro.

—¡Solteera!

El sentir popular acogía jubiloso la sorpresa. La transformaba en mito:

—¿Supiste qué dijo la matrona cuando...?

Un día, el coro jugaba póquer donde la tía Jerónima. Mi prima Amparo le ayudaba a atender. Mientras servía, oyó narrar chascos de las Chiriguas. La miré. Siempre me gustó mirar a la Amparo. Había algo muy fino en sus facciones. A los diecisiete o dieciocho años, era tímida porque se usaba entonces, y además por su índole natural. Desde mi rincón, aquel día, la vi ponerse colorada como por debajo de la piel. Brillaban sus ojos, casi negros, al oír que las ponían en solfa. Al fin no aguantó:

—Ustedes hacen caricaturas de ellas.

—¿Qué?

—No son así.

—¿Ah, no?

Como al tercer «¿Ah, no?», la Amparo decidió dar la versión que a ella le habían contado. Hacía cosa de veinte años, la Luzmira había vivido una historia de amor grande.

—¿Sería amor al Sagrado Corazón de Jesús? —apostilló don Hilario.

—No —replicó mi prima, cortando en seco la burla.

La Luzmira —siguió, casi agresivamente seria— no cumplía aún los veinte cuando conoció al que iba a ser su novio. Un Doce de Octubre, en el Círculo Español. Ni bailaron ni se hablaron. Alguien los presentó, hubo un saludo, y sin percatarse, él se enamoró de ella. Era un profesor joven (Ricardo algo) del Liceo de Hombres. A mí me atrajo lo de joven: en la patota del barrio llamábamos el Joven al héroe de las películas. Y la Niña, a la heroína.

Me gustó el nombre: Ricardo. Aunque fuera profesor, me lo imaginé simpático.

Parece que Ricardo nunca se atrevió a otro gesto que el de pasar ante la casa de la Luzmira al caer la tarde. Tampoco se declaró: tenía tuberculosis y no quiso ilusionarla por miedo de que sufriera...

—Quizá hizo bien —comentó la Amparo—: se murió al poco tiempo.

Salieron casi a coro las preguntas:

—Los dos, ¿nunca se hablaron?

—Y ella, ¿qué hacía al verlo?

—Primero lo miraba desde una ventana, detrás de algún visillo. Después, una amiga le explicó quién era él y por qué iba a rondarla —pausa: la Amparo se había emocionado—. Ahora, todos los domingos, a la salida de misa, la Luzmira pasa por el cementerio.

—¿A depositar flores en la tumba del amado? —trató de hilarizar don Hilario.

—A rezar o a pensar, supongo.

—Rezará, con tal de hablar.

—También hay gente que piensa —dijo mirando de frente a don Hilario. Luego explicó—: Se puso habladora al pasar los años. Me imagino que por reacción nerviosa.

—¿Pero y las otras dos? —persistió don Hilario—. ¿De dónde les bajaron los nervios... o el cotorreo?

El viejo pillo sabía de lo que hablaba. O por lo menos sabía una parte. La Adelina Urzúa sabía otro poco. Ellos dos fueron salpimentando el relato algo reacio que hizo mi prima.

Dos tenientes del Chorrillos habían cortejado a la Eliana y a la Oriana por un tiempo. Al comienzo llegaban juntos a pasearles la calle. Algún humorista los apodó «los soldaditos de plomo». Parecían recortados de un mismo molde: apuestos, erectos, con los bigotes finos correspondientes a su escalafón. Cruzaban frente a la ventana desde donde ellas los seguían con la vista. La misma que usó la Luzmira para lo mismo. De cuando en cuando, los galanes se lucían desfilando a la cabeza de un pelotón, jinetes en airosos caballos de combate, mirándolas de reojo.

Según ellas, les presentaban armas.

Cuando ya se conocieron, las saludaban a hurtadillas con venias parcas, marciales. Las escoltaban, luego, al paseo de la plaza. Un día les llegó orden de traslado, a los dos. Ambas parejas se juraron amor para siempre. («¡Ah, esos amores que siempre se prometen para siempre!», no se aguantó de encajar don Hilario). Ellos dijeron que volverían pronto a buscarlas. Ellas, que esperarían lo necesario.

En un principio las dos hermanas escribían unas esquelas tímidas, día por medio. Los dos tenientes, una breve carta por mes. Unas contaban. Los otros contestaban.

—Tan corto que nos escriben.

—Es que los hombres son más... son más...

Apenas respondían los soldaditos de plomo. Se les enfriaban las frases, de carta en carta. Al año, ya no llegaron. Los tenientes eran capitanes: lo último que recibieron la Eliana y la Oriana fueron una foto de cada uno, luciendo una estrella nueva en el hombro y unos bigotes más gruesos, conforme al grado. Nunca más supieron de ellos.

—Tierno —comentó don Hilario sin sombra de ternura.

—Triste lo hallo, ¿qué quiere? —comentó la Benigna.

Se sentía flotar la decepción en la tertulia, como si hubiesen descubierto que el Chacal del Piduco mató a la anciana por accidente, no perfidia. Esta inocencia de las Chiriguas en sus solteronías estropeaba la historia. Don Hilario no cayó en el derrotismo.

—También —dijo, en tono de «anótese, comuníquese, archívese»—. ¡Qué ganas de volver podrían tener esos capitanes!

Por iniciativa suya pasaron a compartir informaciones sobre los últimos hechos. Entre la gente del barrio, los últimos hechos no eran hechos, propiamente: eran imágenes estilizadas con ánimo risueño. Pasaba lo que en algunos cuadros de Goya, donde sientes, o aun sabes, que hay burla, pero ¿puedes decir: ahí está? El Coro mentaba la atroz locuacidad de las Chiriguas, la casa en arriendo pegada a la de ellas, el riesgo que corría su nuevo morador. Y la pregunta se repetía:

—¿Qué va a hacer con las Chiriguas?

Salvo mi prima Amparo —acusada y sentenciada de romántica—, nadie dejó de convenir en que las pobres eran en verdad terribles. Según don Hilario, tenían el don de parlotear redondo.

—No puntúan. Sus frases no empiezan nunca. Siempre van por la mitad. Y nunca terminan, tampoco. En cualquier momento en que usted les hable, las interrumpe...

Habían venido a vivir acá unos pocos meses antes del terremoto. El Coro comentaba que ningún habitante del barrio pudo evitar enterarse de cómo y dónde las sorprendió el primer barquinazo, el segundo, el tercero... Describían cada uno con rasgos propios. O la forma de remecerse el piso y las paredes del salón, o qué le había y qué no le había pasado a cada Chirigua individual y al chiriguaje en general; ni qué pensó la Oriana que sentía la Eliana en el momento en que se sacudió el suelo; ni qué supuso la Eliana que temería la Luzmira; ni la Luzmira qué se imaginó de la...

—Tuvimos que informarnos Chirigua por Chirigua — fingía indignarse don Jerónimo.

—Bueno, es que esa noche fue acabo de mundo también.

—Pero no solo en su casa.

—Se dejaron el terremoto para ellas —contribuía don Hilario.

Él mismo era incapaz de reproducir la manera que tenían de empezar sus relatos.

—Parece que la hebra viene en el Buenos días. «Buenos díasustoquenosllevamoscuandoeljarroncitolacómoda...».

En el barrio, los buenos días o las buenas tardes de las Chiriguas eran temidos. Te apresaban como la telaraña a la mosca, y después era imposible soltarse:

—Buenos días cómo amanecieron nosotras no pudimos pegar pestaña...

Y dele, y dele, y dele, hasta que la mosca no sabía qué le

estaban hablando las tres arañas, y justo entonces, parecía que adrede, a una de las tres —o a las tres— se le ocurría preguntar:

—¿Qué cree usted?

—Claro —se defendían algunos.

—Cómo «claro», si cuando a una le dicen...

Un astuto creyó librarse vía obsecuencia:

—Opino lo mismo que usted.

—¿No cierto que no hay derecho, porque al fin y al fin una tiene su dignidad y...?

—Incontenibles —sintetizaba don Hilario.

Según él, una Chirigua nunca decía: «Desperté tarde». Decía: «Fíjese usted lo que son las cosas, esta mañana cuando desperté y miré el reloj para ver la hora (porque yo tengo esa costumbre, ¿sabe?: despierto y miro el reloj, bueno, que es un reloj que trajo mi tío Ernesto de Punta Arenas el año en que estalló el motín de los astilleros y hubo esa matanza feroz, no sé si usted supo, que yo quizá cómo fue que mi papá no nació huérfano, porque él fue el menorcito de los siete hijos de don Elías de la Aguilera, y entonces no existían más que él y sus dos hermanos mayores), imagínese, con mi abuelo de oficial del Correo y la casa cerquita del cuartel donde se amotinó Cambiazo, pero ¿en qué iba?, ah, hoy desperté un poco más tarde que de costumbre porque...».

Y dele, dele, dele.

Muchos se preguntaban cómo conversarían entre las tres, si ninguna sabía callarse.

—Trinarán a coro. Para eso son chiriguas.

Solían acodarse a una de las dos ventanas de su casa por las tardes, a interceptar varones de retorno del trabajo o señoras que volvían de sus compras. A las dos o tres veces de caer en la trampa, no faltó quien optara circundar la manzana. La solidaridad ideó sistemas de socorros mutuos. Un día don Carlos Mora rescató a misia Tita, ya cautiva, llamándola desde la esquina con voz de alarma. Don Hilario remedaba el pitido de la chirigua-pájaro, para prevenir al incauto cada vez que había «moras en la costa». Hizo escuela.

—Piiiip, pip, pip, pip-piiiip —avisaba quien las viera acercarse (o acechar presas).

Era un juego por el estilo del pillarse.

—¿Caíste?

—Naddda: me libré por un pelo.

—Uuuh, a mí me pilló la chica, en la plaza.

Pero había un fondo serio:

—¡Pobres! Le destrozan los nervios a una —se apiadaba-crispaba-desesperaba la Benigna.

Varias querellas matrimoniales tuvieron su origen en el premalhumor de un esposo que llegaba al hogar hablado de los pies a la cabeza («empapado de palabras», decía don Hilario) y consiguientemente erizado. Una «cara de que se topó con las Chiriguas» casi siempre auguraba tempestad. Algún imaginativo aprovechó la leyenda para justificar un traguito del estribo tomado al salir del trabajo:

—Me atajaron las Chiriguas —gemía a través de una nube de olor a menta.

—Pudiste dar vuelta a la manzana.

—Me distraje.

...Un día apareció la víctima. Pese a vivir en la misma ciudad y en la misma época, Rodrigo Aranda ignoraba la existencia de las tres Chiriguas. Se dio la coincidencia: la casa vecina a la de ellas se desocupó justo cuando él buscaba donde mudarse. Leyó el aviso en *La Mañana*, habló con los propietarios y cerró trato antes de que nadie alcanzara a advertirle. Luego, cuando le contó a su amiga la Florita Iturra:

—¿Dos Poniente al llegar a la Alameda, dijiste?

—Sí. Quedaremos más o menos cerca.

—Rorro, ¡te metes en la boca del lobo!

—¿Boca del...?

En breves, vehementes palabras, la Florita describió a Rodrigo la amenaza que pendía sobre él.

—Tienes que cancelar el contrato.

—No exageres.

—Es que tú no te imaginas.

—Firmé esta mañana.

—Tarja la firma. Busca un pretexto. Paga la multa. Parte a Santiago.

—Mujer, para tanto no será...

—...dicen todos, antes de sufrirlo en carne propia.

Se reía Rodrigo Aranda. Ella:

—No lo echas a la ligera, ganso.

—Las saludo y sigo mi camino, ¿y qué?

—¡No las conoces!

El día de la mudanza, algo supo. Una Chirigua lo recibió y soltó el chorro:

—Ahustedsevaaveniraviviraquí;mirequébueno!teneraal-guienderespetoenelvecindarioporqueloquees...

Pero el advertido Rodrigo atajó a uno de los mudanceros y se acercó a darle instrucciones:

—¡No, no! La vitrola va al jol... Compermiso —y emprendió la fuga.

Una voz amable amenazó a sus espaldas:

—Nos veemos.

Se vieron. A la mañana siguiente. Según don Hilario, ya no fue una:

—Tooodas Chiriguas.

Avanzaban de tres en fondo por la vereda oriente, a paso de carga y blandiendo sonrisas, gestos, rubores de pergamino. Lograron descerrajar una andanada de palabras que Rodrigo resistió con estoicismo. Poco a poco, sin embargo, lo empapó la angustia de no encontrar hueco para despedirse. Hablaban en redondo, sí. Un minuto, dos, eternos... Por fin el hombre echó mano a sus mejores reservas y cortó en seco el tridiscursio:

—Tengo que irme.

—¿Qué?

—Irme. Urgente. Al centro.

Volvieron a amenazar:

—Hasta más rato —trinó la Oriana.

—Esta tarde le haremos la visita de estilo —se ensañó la Eliana.

—No voy a estar... —tartamudeó—: No voy a estar... presentable... Nunca estoy presentable en... en...

Le rieron la ocurrencia mientras él se batía en retirada en dirección a la plaza, corriendo casi, a pesar del calor de diciembre. «Es muy gallo ese pollo», encomiaba don Hilario. Seguía su relato: a Rodrigo, viviendo, como vivía, en la puerta del horno, no había rodeo de la manzana que pudiera salvarlo. Desde su ventana vigía, las Chiriguas iban a verlo, inevitablemente, cada vez que saliera o entrara. Él no trató de rehuir la emboscada. Pasó —rápido, sí— llave en mano. Abrió, entró, cerró, lanzó un suspiro.

—¿Quiere hacer once? —preguntó desde dentro la Emilia.

—Té puro. Sin nada.

Se quitó chaqueta, zapatos, calcetines; se calzó sus pan-

tuflas. El reloj de pared dio las seis, y el día aún sin refrescar: la casa daba al poniente. Rodrigo se sentó en el comedor, abrió el diario, encendió un cigarrillo. La Emilia llegó chancleando con el té.

—Gracias —murmuró él desde algún lugar de *La Mañana*.

—¿Algotra cosa?

—¿Mmm?

—¿Algo...?

Sonó el timbre. La Emilia partió a atender. Segundos después volvía a paso chanclo:

—Las señoritas Chiriguas.

Rodrigo pensó rápido:

—¿Entraron?

—No.

—‘Tupendo. Demórese un poco y les dice que pasen. Usted vaya a la Uno Sur a comprar...

—¿Qué cosa...?

—No sé. Porotos. Pan. Azúcar... Por último, un paraguas. Salga unos veinte minutos. ¡Ya, pues!

Desapareció la Emilia atornillándose una sien con un dedo. Rodrigo voló a su dormitorio, se desnudó, retomó *La Mañana* al pasar y fue a sentarse en su sillón favorito.

Segundos después, sus vecinas entraban por el pasillo.

—Buenas tar... ¡Huy! —gritó la Oriana parando en seco.

—¿Qué pa...? —la Eliana la alcanzó, miró, se puso roja.

—¿Qué pasa? —se extrañó la Luzmira desde atrás.

—Salgan —resopló la Eliana y se dio media vuelta.

Habían divisado las piernas vellosas, una sobre otra, y dos pliegos de periódico que a duras penas ocultaban el cuerpo.

—Una vez más —comentó don Hilario al recordarlo—, *La Mañana* sale en defensa de la moral y las buenas costumbres.

Un portazo de la Oriana cerró la mampara.

Se habían ido.

Don Hilario lo contaba como un cuento. Redondo. Armatito. Incluso con un estilo que afinaba de narración en narración. Era un bardo perfeccionista. La gente no se cansaba de oírlo. En timbas o tertulias le pedían la historia, igual que un número.

—¿Cómo era lo de las Chiriguas?

Yo, miniatura de espía, pasaba por la acera cuando acababa de suceder el desastre. Vi salir a las tres, prófugas del varón desnudo.

Mejor dicho vi a la Luzmira, que caminaba lento. Sus hermanas huían atolondradas, queriendo hundirse en sí mismas.

La Luzmira no.

Noté sus ojos tristes, no entre fieros y espantados como los de sus hermanas. Ella traía la vista baja. Tampoco alborotaba. Intuí lágrimas a punto de asomar en sus ojos. Su piel tenía una palidez herida. Quizá no entendía por qué le habían hecho aquello. Atravesó a su casa sin bajar la cabeza: como si hubiera olvidado que la llevaba ahí, un poquito trágica, erguida sobre el cuello. Sus ojos no traían mirada.

La Luzmira formaba parte de un cuento distinto del que don Hilario gozaba y hacía gozar. Quizá el del profesor joven, que esa vez contó mi prima Amparo.